

Odisea

I

Soy Rómulo, pero díganme Cándido así como el personaje de Voltaire porque al igual que él soy completamente optimista, de hecho, ¿cómo no serlo cuando la tortura habita en tu hogar?

II

Vivía con mi mamá y el Señor. Sí, el Señor, así le decía yo a quien durante veintiún años me hizo la vida insoportable, si bien la mayor de las veces de palabra, también, y eran las peores, con la espada...

III

Recuerdo que mis padres tomaron todas las medidas preventivas mucho antes de que el virus llegara a nuestro país: la sección de noticias internacionales se había encargado de alertar muy en especial a mi padre a tal grado que cuando llegábamos a casa nos hacía no sólo cambiarnos de ropa, sino hasta bañarnos y desinfectar todo lo que previo habíamos tocado. Podríamos decir que era la fiesta del gel antibacterial, el alcohol etílico y de los cubrebocas que mi padre nos obligaba a utilizar.

IV

El confinamiento físico fue un verdadero martirio. El Señor más de las veces estaba furioso, aunque como todos nos encontrábamos dentro de los 75 metros cuadrados que podían pagar en muy pocas ocasiones descargaba su furia contra mí. Además, escribir me era completamente imposible porque como soy el mayor –decían–, me dejaban siempre más de una labor; desde barrer y trapear, hasta lavar el baño que gracias a que todos estábamos en casa me resultaba la peor de las labores.

V

Hoy murió el Señor. Pero no, tranquilos, no fue por el COVID-19. Él padecía de problemas cardíacos. De todas maneras, gracias por preocuparse por mí.

VI

Mi madre está destrozada. Sin embargo, creo que su dolor es más llevadero al llorarle a cenizas y no a un cuerpo. De hecho, por la tarde me ha pedido unas palabras para el Señor a manera de homenaje; y claro, opté por la mentira del llanto para salir bien librado.

VII

Caminando por la ciudad fue como supe que el Señor se había llevado a dos más; a Doña Cuca, la tortillera, y a Don Blas, el mecánico, y, según me dicen, su compadrito el Juan también anda enfermo. Tal vez él sea el tercero al que se lleva.

VIII

Triste y solo moriré,
sin justicia ni venganza,
sin nada que la razón diga
y sin más que el corazón traiga.

Mentirosos de la razón,
esperanzas cargan;
inocentes que del amor
ilusiones profanan.

IX

¡Hola!, ¿llegaron hasta acá? ¡Bien, bien! Saben, después de varios días me di cuenta de que mi libertad era la calle y mi casa la prisión. Pero tengo temor por ustedes; díganme, ¿cómo les fue en todo esto? ¿Algo bueno qué platicar? ¿Sí? ¡Excelente! Los escucho.

Palabras Universitarias para la Contingencia de la Universidad Autónoma
Metropolitana, Unidad Xochimilco.

Autor: José Manuel Muzaleno Maldonado,
estudiante de Ciencia Política en la Unidad Iztapalapa / Matrícula 2173053795.